

# Patología en la mentalidad de Adolfo Hitler

Por ENRIQUE GUARNER

**A** LO largo del siglo XIX tuvo auge en Alemania la teoría racista, la cual estaba basada en el poligenismo, o sea, la doctrina que admite variedad en relación a los orígenes de la especie humana. Por consiguiente, la opinión más generalizada atribuía cualidades distintas tanto físicas como espirituales a los grupos que habitan en nuestro planeta.

Por el contrario, los monogenistas contaban entre sus filas a naturalistas tan importantes como Linneo, Cuvier y Humboldt, quienes sostenían el punto de vista opuesto; es decir, que las diferentes razas humanas no eran ni más ni menos que variedades dentro de la misma especie.

En 1853 se publica la obra del diplomático francés Arturo Gobineau, intitulada «Essai sur l'inégalité des races humaines», la cual adquiere de inmediato una gran reputación en el centro de Europa. La idea cardinal de este tratado era que de las tres principales razas: la blanca, la amarilla y la negra, la última ocupa el lugar más bajo en cuanto al desarrollo de la civilización. Según Gobineau de las diez grandes culturas, siete fueron creadas por los blancos, tres por los amarillos y ninguna por los de piel oscura. El hecho de la decadencia de aquella época se debía a que los que formaron el avance se habían mezclado con lo que denominaba razas inferiores.

En 1859 se publicó en Inglaterra «The origin of the species» por Charles Darwin, libro que ejerció una definitiva influencia en el campo de la biología cerrando la disputa entre el poligenismo y el monogenismo. Por medio de esta obra considerada como clásica se demostró que no existen barreras infranqueables entre las variedades y las especies, puesto que en el fondo una variedad no es otra cosa que una especie incipiente. Como consecuencia de esta teoría la cuestión de que una raza fuera superior a otra perdía todo su peso.

Sin embargo, los racistas no se conformaron con ello y buscaron nuevos argumentos para revalidar su doctrina. En 1893, Otto Ammon ideó un «darwinismo social» con su libro «Die natürliche Auslese bei Menschen», en el que aseguraba que los seres humanos difieren tanto biológicamente como espiritualmente. Su punto de vista era que los individuos geniales son los más raros, pero al mismo tiempo los únicos necesarios. Según este autor solamente deberían sobrevivir los más aptos que serían los dolicéfalos (cráneo alargado) de origen ario, desapareciendo los grupos menos dotados. Es indudable que estos prejuicios formaron parte de la mentalidad de Adolfo Hitler, quien nació en 1889.

Por cierto que en 1930, el que iba a ser canciller llamó urgentemente a su abogado Hans Frank porque temía ser chantajeado por un familiar lejano quien aseguraba que Adolfo Hitler había tenido un abuelo judío. En realidad, la idea no dejaba de ser factible, puesto que Alois, padre del dictador, había sido hijo ilegítimo de María Ana Schikelgruber, que trabajó como sirvienta en Graz en casa de una familia hebrea cuyo apellido era Frankenberg. Desde el día en que Alois nació hasta que cumplió los 14 años fue sostenido por ellos, tal vez con la esperanza de que al llegar al «Bar mitzva» se convirtiera al judaísmo, lo cual no sucedió. De cualquier manera, Adolfo Hitler sufrió siempre del temor de haber sido «envenenado» con sangre que no era «pura» y ello le hizo proyectar en los judíos a sus enemigos.

Los psicoanalistas sabemos que el prejuicio no significa estar a favor de algo o de alguien, sino colocarse en contra de alguien o de algo. Por ello pertenecer a un conglomerado determina la exclusión de aquellos que no forman parte del círculo cerrado al que se pertenece. Asimismo se ha demostrado que factores de origen sexual o incestuoso influyen en el desarrollo de los prejuicios. De allí que oigamos frecuentemente decir a los pacientes que los individuos de piel oscura son inmorales o poco trabajadores. Cuando tenemos oportunidad de estudiar estas ideas nos damos cuenta de que en el fondo existe envidia hacia el sexo que puedan practicar los que ellos denigran.

Simplemente para observar cómo se desarrollan los prejuicios basta con seguir las acusaciones que los grupos se hacen entre sí. Los católicos reprochan a los ateos de ser perversos, adúlteros o corruptos; pero éstos a su vez siempre contarán algún chiste acerca de un sacerdote que haya pecado.

La sífilis, enfermedad que se contrae por el coito, siempre fue vista o atribuida a los países enemigos. Los alemanes la llamaban «mal francés» y éstos últimos la denominaban «mal napolitano». Un ejemplo de prejuicio lo da el pintor Diego Rivera al retratar a Hernán Cortés como luético, lo cual demostraría envidia porque el conquistador había tenido frecuentes contactos sexuales con las mujeres indígenas.

El prejuicio de los alemanes contra los judíos data de épocas remotas y en parte se debía a que los semitas evitaban los matrimonios mixtos. Fue por ello que aunque se exterminaron tanto los que pertenecían a un género como al otro, a menudo se usaba a las hebreas jóvenes para satisfacción sexual de las tropas germanas.

## Psicopatología del dictador

Adolfo Hitler siempre fue un individuo lleno de prejuicios y extremadamente racista. Solamente admiraba a los sajones y trató por todos los medios de aliarse con los ingleses. El desdén con el que éstos lo trataron y el no considerarse como germano fue algo que nunca pudo elaborar en su mente.

La familia alemana del siglo XIX siempre constituyó un patriarcado. La obediencia al padre tenía que ser absoluta y los hijos debían respetarlo y someterse a él, aunque sus ideas fueran ilógicas o equivocadas. Era común el dicho de que cuando el progenitor entraba en el hogar hasta las paredes se ponían firmes (nehmen sich zusam-

men). Es decir, que los niños tenían que contener la respiración para que el padre no se disgustara con sus tonterías.

Tanto en la casa de Adolfo Hitler en Braunau como en la posterior en Linz, esto debe haber sido común, porque además Alois Hitler que era un frustrado burócrata postal, se alcoholizaba. Es seguro que su hijo lo odió así como adoró a su madre. Recuérdese aquí que una de las ideas básicas de su gobierno fue la de crear una «Nueva Alemania» que sustituyera a las tiranías que la precedieron.

Por otra parte Adolfo Hitler pensaba en una juventud sana y vigorosa carente de impurezas y de conflictos sexuales. Ella sería la que transformaría el mundo del futuro.

Desde 1955 los psicoanalistas contamos con un documento invaluable acerca de la adolescencia de Adolfo Hitler por medio del libro de August Kubizek. En éste se nos relata la ausencia del concepto de realidad por parte del futuro dictador. Algunos ejemplos son demostrativos como la seguridad de que la jovencita Stefanie lo amaba locamente. Años después cuando Augusto la encontró en Viena y le recordó su adoración por el entonces canciller, ella no tenía la más mínima memoria de él.

También aparecen las múltiples fantasías de Hitler cuando adquiría algún billete de lotería y la seguridad de obtener una riqueza ficticia que lo llevaban a examinar los departamentos más caros y a hacer absurdos proyectos como reconstruir ciudades enteras. Igualmente se relata su pretensión de escribir una ópera wagneriana sin conocer una sola nota musical.

La vida sexual de Adolfo Hitler ha sido objeto de controversia y existe sospecha de impotencia o de homosexualidad reprimida. Resulta raro que matara a las dos mujeres con las que tuvo contacto genital. La primera su sobrina Geli Raubal, a la que por celos empujó al suicidio y la segunda, Eva Braun, a la que convirtió en su esposa para matarla de inmediato. Tal vez temía dejar huella sobre su ineficacia en el coito.

En lo que respecta a los invertidos, Hitler simpatizó en un principio como Ernst Röhm, famoso desviado que era jefe de los guardias SS, pero el 30 de junio de 1934 en la «noche de los cuchillos largos» lo mandó asesinar argumentando pureza moral. Además resulta curioso hallar en algunos discursos del dictador una cierta nostalgia acerca de que los homosexuales no tengan descendientes. Habría que pensar aquí si no había una proyección dado que el Führer fue estéril a lo largo de su vida.

Con el grupo que lo rodeaba Hitler invariablemente quiso jugar el papel del héroe y actuaba con sus compañeros del partido más como un hermano mayor que como un padre. Su camaradería denotaba simpatía y siempre sintió una rara admiración hacia el miembro mejor parecido de los nazis como era el arquitecto Albert Speer, al que incluso perdonó al final un intento para asesinarlo.

Adolfo Hitler trató de aparentar limpieza de costumbres: no fumaba, ni bebía y era vegetariano. Sin embargo, al llegar la derrota se convirtió en un verdadero drogadicto.

Por último, en lo que respecta a la paranoia del dictador, ésta se ve muy clara en el tipo de delirios que exhibía, o sea, ideas fijas que no pueden ser controvertidas y hacia las que nunca presentó la más mínima ambivalencia. Los delirios que Hitler presentaba pueden clasificarse dentro de cuatro grupos.

1) **Persecución.** Todos los países eran enemigos y se habían conflagrado en su contra porque estaban dominados por los judíos. Al final de la guerra terminó odiando a su propio pueblo y a sus generales.

2) **Querulante.** Hitler era combativo. Solamente él podía ver claras las situaciones y nunca aceptaba los razonamientos de quienes lo rodeaban.

3) **Megalómano.** Creía en su absoluta superioridad y que había nacido con una función especial: «Construir el Reich que duraría mil años».

4) **Celos.** No permitía el más mínimo movimiento de las mujeres a las que decía amar. En realidad las esclavizaba para que sirvieran a sus fines.

Podríamos concluir que el caso de Adolfo Hitler se desarrolló dentro de un contexto que se daba frecuentemente en la Alemania del siglo XIX. Como los psicoanalistas sabemos la paranoia se deriva de la homosexualidad que permanece reprimida y de un perseguidor, siendo este último el padre del dictador.